

OCTAVIO

**O CÓMO PROTEGERSE
DE LA INTEMPERIE
Y OTROS RELATOS**

Manuel Maytín



Manuel Maytín
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2020.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798583276363
Depósito Legal: ZU2020000278

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Revisión y corrección de textos:
Álvaro D'Marco

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Octavio, o cómo protegerse de la intemperie y otros relatos

*A mi madre por haberme dado la opción de la vida.
A Oriana y a Diego por darme la oportunidad de
saberlos y amarlos.*

Octavio, o cómo protegerse de la intemperie y otros relatos

Manuel Maytín

Amor pagado

Octavio de los Santos tenía quince años y su cotidianidad transcurría en Caracas, en la parroquia Altagracia. Él y su grupo de amigos se reunían como un cónclave, y aunque muy diferentes los unos de los otros, los unía el ímpetu de vivir, y eso los amalgamaba. Estaban en la edad de los cuestionamientos a todo lo que les rodeaba, en la edad de los romances, de los sueños. Contiguo al liceo donde estudiaban había un edificio que contaba con una gran entrada, iluminada por una luz artificial absurda que parpadeaba constantemente y que, como sus propias naturalezas, los seducía. En ese lugar se reunían, aun con los reclamos de sus habitantes que al tratar de entrar o salir les obstaculizaban el paso. Allí discutían de sus propias contradicciones sin ser conscientes de que las tenían. Disertaban del presente con la ilusión del futuro que estaba a flor de piel en sus verbos, a la espera de realizar los sueños que habitaban sus corazones. Era un

mundo que asían de manera firme a través de sus propias convicciones; pasión generada por las propias ansias de vivir.

En las horas de clases que se suspendían, corrían a reunirse a conversar, entre otras cosas, sobre la naturaleza humana y sus actitudes miserables. La rebeldía natural los poseía como pieza fundamental de sus existencias. Sentían empatía por algunos de sus profesores producto de la confianza que les habían brindado y eso los hacía sentir cercanos. Aun así, cuestionaban sus frustraciones ante el trato que, en determinados momentos les daban y que, a su juicio, estaba cargado de venganzas emocionales, consecuencia de no poder resolver sus problemas con las personas indicadas en su propia intimidad. Era mucho lo que especulaban, vivían la irresponsable racionalidad de la adolescencia. Sus encuentros se daban en medio de bocanadas de cigarrillos Belmont «rompe pecho» *king size* empacados en cajetillas blancas y doradas, con un precinto rojo en el cual se dejaba constancia

del pago del impuesto requerido por la hacienda pública y del contenido del empaque: «*diez cigarrillos*». Como era natural en ese período de sus vidas, las hormonas querían hacer su trabajo. Octavio y sus amigos tenían a alguien con quien besarse, es decir, una novia, si se podía llamar así. En ese espacio de cada día, en esa isla particular rodeada de lo urbano, fumaban — casi como La Maga y Horacio, solo les faltaba crecer como hongos y freír huevos—, discutían y, eventualmente, corrían un *joint* para relajarse y compartir con sus novias los besos y contactos humorales de la sexualidad propia de la edad.

Ellos se hacían llamar Los Constantes, a propósito de una propuesta de Félix —el matemático del grupo— respecto de los valores constantes en Matemáticas, donde cada uno tenía un valor predefinido que, con sus variables y según el contexto, podía cambiar con el paso de la vida. Hugo, Santiago, Octavio y Félix eran diversos en creencias y actitudes, pero juntos hacían un único valor que los unía: el sueño de cambiar

el mundo. Más allá de que se conjugaban, cada uno tenía su propia visión.

Las novias iban y venían. En ese momento la sexualidad gozaba de cierta precaución solo soportada por el miedo a las enfermedades venéreas, que era lo que estaba presente, y el siempre preocupante hecho de embarazar a una novia y llegar a la adultez intempestivamente. Ese temor les permitió intentar controlar sus ímpetus en sus breves encuentros de piel. No tenían sexo explícito con sus novias, solo se trataba de contactos salivales y manos debajo de faldas y pantalones que aumentaban el deseo y la curiosidad. Ya para ese momento Octavio había descubierto la masturbación, que le llegó como una señal divina del placer natural. En una ocasión, una de sus compañeras de clases, con quien ya había tenido contacto lascivo sin concretar nada más allá, lo invitó a su casa un día que los padres estaban en horario de trabajo. Se escaparon de clases. Pili vivía en una casa de dos pisos con puertas y ventanas de madera con enrejados

zoomorfos que la hacía ver de una solidez impenetrable. En la sala de estar había una única ventana dividida en dos partes. Pili abrió la parte alta de la ventana para que la luz de la primera hora de la tarde se colara en el lugar. El espacio estaba habitado por un sofá de «semicuerdo» y un par de sillones que le hacían juego.

Una de las cosas que lo seducía de ella eran sus labios siempre humedecidos, consecuencia de pasar su lengua en ellos. Él presentía lo que ocurriría aun sin haberlo vivido. Sentado solo en el sofá —Pili había salido de la sala— temblaba, sentía revolotear insectos alados en su barriga. Ella regresó ya sin el uniforme escolar, vistiendo pantaloncillos muy cortos de *jeans* ajustados, con su único botón desabrochado y el *zipper* a medio cerrar, que le hacía juego con una camiseta blanca de algodón acanalado. Pili no llevaba sostén que contuviera sus grandes pechos que coronaban en sus pezones erectos que pretendían salir disparados de la tela que los hacía prisioneros. La cara de Octavio en ese

instante era una oración. Su cuerpo reaccionaba ante tal imagen conjugada con hormonas al cuadrado. Pili se sentó a su lado suavemente, lo miró y, sin decir palabra, apoyó sus labios en los de él, y así los peces comenzaron a convivir, a acariciarse en esas dos cavidades empapadas de secreción salival. Las cuatro manos se desplazaban suavemente sobre la humanidad de ambos en la búsqueda originaria del placer. Poco a poco se fundieron en una sola piel resuelta de deseos para poseerse mutuamente sumergidos en la sensación maravillosa de la tentación donde la razón no intercede.

En una ocasión, Santiago le dijo al resto de Los Constantes que a una cuadra del liceo había una señora que tenía un burdel. Por supuesto, una vez dicho esto, impetuosamente solicitaron la dirección exacta para indagar aquel universo femenino en alquiler.

Una tarde, al salir de clases, Octavio decidió ir hasta el lugar. Era una casa de principios del siglo xx que contaba los años y las experiencias

en su fachada. Aún se percibía lo encumbrada que había sido alguna vez. Delante de Octavio, una puerta de madera desvencijada, desteñida, de doble hoja, una de ellas semiabierta. La empujó y entró a un zaguán iluminado por la poca luz que entraba desde el exterior y que lo condujo a una segunda puerta, también de madera, en menos peor estado, con un postigo que apenas él podía alcanzarlo en altitud. Tímido, golpeó la puerta y, un minuto después, escuchó pasos desde adentro que se dirigían hacia ella. Se abrió el postigo y alternadamente pudo ver los ojos, la nariz y la boca de una mujer que le pareció madura.

—¿Qué deseas? —le preguntó la mujer.

Le respondió a lo que había ido, y la mujer a través del postigo sonrió; lo cerró de golpe y abrió la puerta. Apareció ante Octavio la regente, una mujer gorda como de unos sesenta años, por lo menos eso aparentaba, un poco más alta que él y de piel muy blanca. En ella, como la casa que habitaba, se notaba que alguna vez ha-

bía sido atractiva y también —por alguna razón que Octavio no buscó comprender— había sido abandonada. Quizás por ella misma. La mujer le preguntó la edad y, sin pensar en mentir —porque era evidente su pubertad—, le dijo que tenía quince. Esta vez la mujer carcajeó firmemente y, como si se percatara de que esa carcajada afectaría al muchacho, inmediatamente cambió de actitud. Le hizo saber que aquel lugar no era un prostíbulo, solo que contaba con una chica que trabajaba allí eventualmente y era quien se dedicaba a dar amor, pero que había que pagarlo. En ese momento Octavio se preguntó qué sería aquello que él tradujo como «amor pagado». Él estaba buscando sexo, no amor, pero aun así no dejó de pensar en el hecho de cómo sería eso de comprar amor. Necesitaba saber en lo práctico qué significaba, y si había que pagarlo, lo haría. No le interesaba pedir explicación, sino preguntar cuánto era el precio. Ella, mirándolo como si pensara que no podía pagarlo, le dijo que eran treinta bolívaes por una hora. Tenía razón la

mujer al haber pensado que no podía costear ese pago. Treinta bolívares era mucho dinero para él. La miró y lo arropó el temor de nunca descubrir aquello del «amor pagado». Lo miró nuevamente y terminó diciéndole que, cuando decidiera ir, lo hiciera al final de la tarde, una vez que cayera el sol. Desde ese día, Octavio no hizo más que pensar en cómo obtener ese dinero para ir a pagar por «su amor». Su mamá le daba dos bolívares diarios para ir al liceo, lo que representaba cincuenta céntimos para ir y volver en autobús, y le quedaba uno con cincuenta céntimos con lo que tenía que comer dependiendo de su horario de clases. Comenzaba algunos días a las siete u once de la mañana, y otros, a las dos de la tarde. Los días que comenzaba a las once o a las dos, por supuesto, aprovechaba de almorzar en casa —así no tuviera hambre— para ahorrarse ese uno con cincuenta céntimos que le restaban y poder aumentar su caudal para el día de la compra. Invirtió semanas en reunir el dinero para ir al encuentro con el amor pagado.

¡Llegó el día! Había juntado el dinero.

La última materia por ver ese día era Filosofía y, en plena clase, mientras el profesor explicaba algún principio de la realidad y la existencia, Octavio imaginaba el principio de la realidad que le esperaba esa tarde. Se preguntaba cómo sería una mujer con la facultad de vender amor. Era incapaz de entenderlo. ¿Cómo sería ella?, ¿qué edad tendría? Por supuesto, tenía claro lo que era un vendedor, alguien que vende cosas, y hasta sabía de quienes vendían exámenes para poder tenerlos de antemano y aprobar materias, pero ¿vendedora de amor?, no, no lo imaginaba. Tenía claro —no sabía cómo— que con esa mujer tendría contacto físico, besos, ¿pero amor? No encontraba entender en su cabeza, con clase de Filosofía incluida, cómo se llevaría a cabo. Incluso estuvo tentado a preguntarle al profesor, quien gozaba de su respeto y admiración, cómo era el hecho práctico de que alguien vendiera amor. Acaso, ¿venía empacado en una caja de cartón blando con forma de corazón? Lo cierto

es que no se atrevió a preguntarlo, porque seguro le diría: «¿De los Santos, dónde estaba usted mientras yo hablaba de la filosofía de la analítica?». Se daría cuenta de inmediato que Octavio no estaba allí en el aula, mientras él y el resto de la clase disertaban sobre la analítica, la moral y esos contenidos intelectuales que para un adolescente, generalmente, carecen de importancia. Finalmente, prefirió quedarse con la duda e ir descubriendo con la vida el arte de la venta del amor.

Quería mantener en secreto su plan de esa tarde y, por supuesto, al salir de clases no le hizo ningún comentario a Los Constantes. Se extrañaron de que se marchara de prisa —cosa que nunca hacía—; siempre, como era hábito, se reunían un rato antes de que cada quien se fuera a su casa. Pero ese día no fue así. Tal y como se lo pidió la regente llegó caída la tarde, faltaba poco para que despertara la noche y se abriera su mundo y, al fin, develar lo que le inquietaba hacía semanas. Atravesó la puerta desteñida,

penetró el zaguán y golpeó la segunda puerta. Oyó pasos, los mismos pasos quedos que escuchó la primera vez. Se abrió el postigo y volvió a ver los mismos ojos de la vez anterior. De golpe, se cerró el postigo e, inmediatamente, sintió el sonido de la cerradura que se movió bruscamente para luego abrirse la puerta y aparecer la mujer. Lo hizo pasar, y tras de él cerró la puerta. Le preguntó con tosquedad si había llevado el dinero —cosa que le sorprendió porque ¿cómo alguien cuyo oficio es vender amor no puede ser un poco más cálida?—, tímidamente, Octavio asintió. Lo condujo por un largo pasillo en penumbras con puertas continuas de lado y lado. Se sentía en el ambiente la humedad del tiempo transcurrido, inerte, imperturbable. La mujer se detuvo delante de una de las puertas y, sin llamar, la abrió y lo hizo pasar. Una vez que atravesó el umbral, escuchó el sonido de la puerta cerrarse tras de sí y delante de él, sobre una cama individual, vio a una mujer morena, de cabellos cortos y enrulados, de grandes ojos

negros y sonrisa límpida. Desnuda, echada en la cama como si de una maja de Modigliani se tratara. Ahí yacía la vendedora de amor. Octavio al verla pudo sentir que sí lo era, aun sin tener certeza de cómo es alguien que vende amor.

Tendría, a lo sumo, veinte años. Lo miró y le pidió que se sentara en la cama. La obedeció y, en silencio, sin la capacidad de articular palabra, se sentó. Ella se paró de la cama para luego acucillarse y quitarle los zapatos. Inmediatamente después le desabrochó el cinturón para quitarle el pantalón, mientras Octavio se encargaba de sacarse la camiseta del uniforme escolar. Una vez ya juntos en posición horizontal en la cama, la piel de Octavio percibía todo lo que ocurriría. Solo quería besarla, olerla, sentirla. Ella le hizo saber que no podía besarla en la boca. Octavio no entendió esta advertencia, reaccionó y decidió preguntarle por qué y, antes de que pronunciara palabra, ella posó su dedo índice sobre los labios de Octavio en señal de silencio. Desde ese momento en adelante, en silencio se abrazaron

y en silencio se fundieron. La cercanía de los ojos frente a frente no permitía ver más que una mirada ciclópea en la búsqueda de lo que había estado extraviado, y que al fin se había encontrado. Se besaron, transgrediendo la advertencia de no hacerlo. A la habitación la invadió un silencio espeso donde a duras penas se escuchaba el jadeo incesante de dos seres para quienes parecía que no existía un mundo diferente posible. Para Octavio de los Santos fue el primer día del resto de su vida.

Al día siguiente, él seguía pensando en ella, tal y como lo hizo la noche anterior al salir del encuentro con su marchante de amor. Recordaba constantemente esa hora suspendida por un golpe en la puerta de la habitación que le indicó que su tiempo había acabado. Rememoraba esa hora de su alma fundida con otra alma. Había descubierto, creía él, el amor.

Octavio se dispuso nuevamente a reunir el dinero necesario para hacer una próxima compra y, como la vez anterior, se esforzó semanas para

lograrlo. Una tarde que coincidía, como la primera vez, con la clase de Filosofía emprendió marcha en procura de lo deseado. Golpeó la segunda puerta al final del zaguán y, como la vez anterior, se repitió la rutina. Salió la regente y reconociendo a Octavio le hizo saber que la chica ya no estaba, que se había ido a su pueblo natal por un asunto familiar.

—¿Cuándo regresa? —preguntó Octavio.

—No lo sé. No tengo manera de saberlo hasta que ella aparezca de nuevo.

Contrariado, Octavio se dio media vuelta y salió.

Encapotado

Llovía copiosamente. El cielo ennegrecido no permitía que la luz de sol penetrara en la ciudad. Los conductores ansiosos, al límite del desespero, tocaban corneta como si por la fuerza del ruido el tráfico avanzaría. Ya en sí misma la población de vehículos no tenía espacio para desplazarse libremente. Era un caos.

Octavio de los Santos salió de su oficina protegido por un paraguas rumbo a la estación del metro. Había acordado verse con Rafael en el Tic Tac, un bar donde coincidía la fauna diversa del ámbito intelectual. Entró a la estación. Estaba colmada. Era hora pico. Su destino lo esperaba a tres estaciones. Caviló en bajar al andén, abordar el tren y lidiar con humores desconocidos. Alientos que, aun evitándolos, invadirían su humanidad. Estornudos al vuelo, que crearían en su cuerpo un mundo de bacterias. No deseaba que se conjugaran con las propias. Su geografía

corporal le pertenecía a los pobladores que, con el paso del tiempo y con su anuencia, se habían instalado en él. No estaba seguro si ese día quería experimentar de nuevo todo ese hábitat con el que estaba obligado a convivir a diario. Decidió salir y caminar.

El paraguas no le sirvió de mucho. Ya en la puerta del Tic Tac —una puerta enrollable—procedió a levantarla. Entró y la bajó de nuevo, para luego empujar una puerta de madera que, custodiada en su parte superior por un vidrio blindado lleno de polvo, no permitía ver con claridad a través de él. La pasó. La luz blanca fluorescente que contrastaba con la oscuridad del exterior lo encandiló. Veía puntos iluminados en el aire, que se movían a voluntad, haciendo del espacio visual de Octavio su propio mundo. El bar estaba lleno. Miró en varias direcciones y en una mesa que hacía esquina pudo ver a Rafael leyendo un libro. Estaba acompañado de su mochila y de un «tercio Polar». Se abrió paso entre la gente que estaba de pie, saludó a Rafael y se sentó.

Octavio levantando la voz se dirigió al mesero:

—Roberto, una igual a la de Rafa, ¡bien fría!

Roberto asintió. Casi inmediatamente ya estaba de vuelta con el «tercio». Octavio destilaba el agua que había acumulado en su caminata. Antes de darse el primer trago de cerveza, tomó algunas servilletas y se secó la cara.

—¿Entonces, Rafa? ¿Cómo estás? ¿Qué pasa?
—le inquirió preocupado.

Milagros Palacios, la novia de Octavio, le dijo que quería que conociera a su mejor amigo de la universidad. Y así fue. Se encontraron en el Café Rajatabla. Un lugar tan contradictorio como el país donde se encontraba afincado. No vendían café. Cuando llegaron, Rafael estaba con otros compañeros de la universidad. Milagros los presentó. Él era un tipo de pocas palabras, pero con el verbo indicado en el momento exacto. Dejaba marca, para bien o para mal, al que le pedía opinión.

Llegaron como a las cuatro de la tarde, y ya a las nueve de la noche Milagros y Octavio decidieron irse. En el tiempo transcurrido fueron pocas las palabras que se cruzaron.

Pasadas unas semanas, Octavio fue a una librería frecuentada por estudiantes y profesionales del arte y la literatura. Mientras revisaba unos títulos, alguien lo saludó. Al girarse, allí estaba Rafael.

—Hola, Octavio, ¿qué hay? —le dijo con una sonrisa tímida.

—¡Bien!, ¿y tú? ¿Buscando un libro?

—¡Sí!, buscando alguna compilación de dramaturgos norteamericanos.

—¡Ajá!, ¿y qué título buscas?

—*A Lie of the Mind*, de Shepard.

—¿Qué?!

—Ja, ja, ja. *Una mentira de la mente*.

—Ok, es teatro, ¿cierto?

—Sí, me interesa leerlo para un ensayo que estoy escribiendo para el posgrado.

—Y, ¿de qué va el posgrado?

—Literatura latinoamericana.

—¿Literatura latinoamericana? ¡Interesante! No sabía que hubiera alguna influencia.

—Es lo que estoy investigando.

La conversación se ponía interesante. A Octavio le interesaba la literatura.

—¿Qué tal si te invito una cerveza? —le dijo Octavio.

—Te la acepto —dijo con determinación—, después busco el libro.

Entre cervezas, aquel Rafael tímido y de pocas palabras que había conocido en el café comenzó a hablar de él, de su vida. Como si se conocieran desde siempre. Ese día se marcó la hermandad.

—¿Entonces, Rafa? ¿Cómo estás? ¿Qué pasa?
—le inquirió preocupado.

—Fui a hacerme el examen —titubeó—, ayer me dieron el resultado.

Octavio intuyó la respuesta. Se preguntó para qué citarse en clave de preocupación para dar una buena noticia. No le cuadraba.

—¿Qué resultó?

—Di positivo —se le quebró la voz.

El lugar se hizo chico. El VIH se había instalado en el país hacía una década, y en nuestra íntima geografía afectiva hacía su aparición. Aun habiendo retrovirales, era sinónimo de muerte. Inevitable pensar en ella. Rafael rompió a llorar en silencio. Octavio se incorporó de su silla y lo abrazó. Ambos en silencio lloraban. El mundo que los rodeaba desapareció en ese instante. Después de ese minuto intenso del abrazo, lo siguiente era resolver cómo comprar los retrovirales para que permaneciera con vida. Se po-

día vivir tomando los medicamentos y con los cuidados que dicta el sentido común para procurarlo. El uso de preservativos, no exponerse a la intemperie descaradamente, alimentarse bien, dormir. Eran recomendaciones médicas.

Rafael trabajaba para un museo del Estado. El precio de los retrovirales superaba su salario mensual. Había que acudir a los afectos cercanos. Él se negaba. Octavio lo despojó de la vergüenza que sentía de que otros asumieran la responsabilidad que le pertenecía. Rafael no quería que sus padres se enteraran de lo ocurrido. No quería preocuparlos, decía. Quería mantenerlo en la intimidad de los amigos más cercanos. Tres o cuatro. Decidieron que cada uno aportara una cantidad para poder llegar a la compra de cada mes. El tratamiento surtiría el efecto deseado mientras lo tomara: «estar vivo».

Una brisa fuerte y constante anunciaba lluvia. El cielo nublado afianzaba el ánimo de Octavio. Ese día se había levantado de la cama con una

rara sensación de tristeza. *La tristeza puede ser rara o simplemente tristeza*, se decía a sí mismo. A duras penas logró meterse en la ducha. Se alistó para ir a la oficina. Salió como todos los días camino al metro. Se subió al tren como en automático. Apretujado en el vagón repleto de gente, lo vapuleaban en cada una de las estaciones en las que se detenía con la salida y entrada de personas. Él se dejaba, no oponía resistencia. Su alma ese día estaba debilitada. Al fin llegó a la oficina.

El resto del día la lluvia siguió amenazando. Salió de la oficina y tomó rumbo a pie al bar de siempre. Necesitaba una cerveza. Al llegar, Roberto, sin que Octavio lo pidiera, le sirvió un «tercio». Se sentó en la misma mesa que hace esquina donde, generalmente, lo hace con Rafael. Recordó que hacía dos semanas que no sabía de él. Fue cuando se lo había tropezado en el metro. Estaba con su asistente de la curaduría de la exposición *Cien años de la pintura latinoamericana*. Lo habitaba una gripe que alertó a Octavio, quien

le preguntó si se estaba cuidando. Le respondió que sí. Que solo era que andaba muy estresado porque inauguraban la exposición dentro de dos semanas y estaba retrasado con toda la logística que significaba montarla. Que el ministro era un imbécil que no sabía nada de plástica. Le preguntó si se estaba tomando los retrovirales. Rafael, con un gesto de duda e inseguridad, le dijo que sí. Que estaba de prisa.

Cada uno de los momentos de ese encuentro pasaba por la cabeza de Octavio como fotogramas mal editados. Fue un encuentro brevísimo. Tan breve que parecía un recuerdo borroso. Cuídate mucho. Rafael, le dijo. Se dieron un abrazo y cada uno tomó su camino.

Octavio tuvo, con el abrazo, la sensación de despedida definitiva. Se dijo a sí mismo que quizás eran sus propios temores los que le provocaban esa sensación. La piel se le crispó.

Salió del bar rumbo a su casa. Mientras iba en el metro, pensaba en la expresión de duda cuan-

do le preguntó si se estaba tomando los medicamentos. Su gesto de cara y su voz le hicieron descreer en su palabra. Llegó. Se duchó. Comió un sándwich y se metió en la cama. Apagó el móvil y lo puso a cargar. Daba vueltas en la cama buscando el sueño. Después de dos semanas había caído en cuenta de la actitud de Rafael. No se había percatado de que pudo haberle mentido. ¿Qué pretendes, Rafa? ¿No te estás tomando los medicamentos? ¡Tu vida depende de ello! Se decía a sí mismo en tono de reclamo a Rafael. Agotado de pensar, el sueño lo venció.

A las siete de la mañana sonó el reloj. Se levantó con el mismo ánimo del día anterior. La angustia aún lo perseguía. Pero no pensaba en Rafael. Se duchó, montó la cafetera y mientras se hacía el café aprovechó para vestirse. Se lo tomó de prisa y salió. Camino al metro encendió el móvil. Comenzaron a llegar notificaciones de mensajes de voz. Marcó su clave para acceder al buzón. La voz en llanto y desesperada de la hermana de Rafael, le decía:

—¡No se estaba tomando los medicamentos!
No se los estaba tomando...

Octavio o cómo protegerse de la intemperie

En una acera de la calle estaba establecida una casa al lado de la otra. Casas de esas que llaman de «interés social». Sólidas desde el punto de vista de la construcción diáfana; hechas todas iguales, uniformadas. Sus habitantes, con el tiempo de vivirlas, les harían los cambios de acuerdo con su propia personalidad. Octavio de los Santos pasó gran parte de su infancia en esa cuadra. A diferencia de ese lado de la calle, el otro, no contaba con casas alineadas, sino que cada cierta cantidad de metros sobre la acera se estableció una vereda donde se dispuso de las viviendas. Veredas numeradas de la uno a la seis. En la uno vivía Papi, un chico de once años que estaba bajo el mismo techo de Eulalia. Ella hacía las veces de su madre. Se decía que lo había encontrado en la calle deambulando perdido cuando aún tenía cinco años. Eulalia era una mujer de cincuenta años, baja y regordeta,

con la apariencia de haber sido golpeada contundentemente por la vida que se le veía en la piel, en los gestos, en la mirada, en los pliegues del entrecejo. Se le veía la molestia profunda de la insatisfacción por lo vivido; denotaba la actitud de quien vive porque no le queda más remedio, de quien al andar por la calle ancha y libre busca contar los pasos para no pensar ni percatarse de su existencia más allá de su propia respiración, de la que tampoco tenía conciencia. Los once años de Papi eran solo la referencia biológica de su vida, su vivencia sobrepasaba esa cronología. Eulalia —sin que haya mediado entre ellos la sangre y con la anuencia del dios del tiempo— se encargaría de influenciarlo y determinar su vida. Octavio tenía siete años y, el ímpetu que poseía por descubrir lo que le rodeaba, lo llevó a relacionarse con quien se le ponía por delante. Papi era uno de esos «quien se le ponía por delante». En la esquina de su calle estaba la panadería de la cuadra, regentada por inmigrantes portugueses de la isla de Madeira que

se habían establecido en el barrio y con quienes se mantenía una relación cercana en términos de cordialidad y respeto. Por fortuna para los inmigrantes, en el país de Octavio, para ese momento, no se conocía eso que llaman «xenofobia». Era Octavio quien iba por el pan; Aída, su madre, lo mandaba a buscarlo. En una ocasión de tantas en la panadería, Octavio se encontró con Papi, quien, en actitud pendenciera y con el dolor convertido en rabia que reflejaba su mirada, lo vio por un instante. Octavio respondió a la mirada sin entender por qué lo escrutaba. Le dio la espalda, y le pidió al dependiente lo que había ido a buscar. Mientras lo hacía, sintió sobre su hombro el contacto de la mano que le llamaba la atención y, al girar, allí seguía Papi, con su mirada anterior apoyada en Octavio y en tono retador le preguntó: «¿Qué pasa?». Octavio, sin entender el contenido de la pregunta, lo miró sin responder y, con la moneda en la mano, volteó hacia al dependiente para pagarle. En ese instante, Papi lo empujó y la moneda voló; los

clientes del lugar, Papi y Octavio voltearon la mirada hacia ella viéndola elevarse hasta un punto y descender ya debilitada rompiendo suavemente el aire y, con un sonido afónico, estrellarse contra el suelo. La moneda rebotó como si quisiera huir para no ser atrapada por quien pretendía secuestrarla. Papi se apresuró a recogerla, así como Octavio, pero este último no lo logró. Papi la tomó y, mirándolo, le dijo que era de él. Se marchó corriendo. En ese segundo, el mundo doméstico de Octavio se le vino abajo, tal y como la moneda había descendido. Se preguntaba cómo hacer para recuperarla y pagar el pan nuestro de cada día. Papi corrió, y detrás de él, Octavio, pero no le dio alcance. Se sentía perdido. Cómo explicarle a su madre la pérdida del dinero para el pan. Aída era una mujer que —aunque con rigor— demostraba su actitud materna como consecuencia de sus debilidades. Con pocas herramientas dialécticas para asumir los momentos de crisis en la relación con Octavio, recurría, generalmente, a poner

orden a través de la reprimenda corporal. Después del episodio con Papi en la panadería, Octavio temía tropezarse nuevamente con él. El asunto de la moneda voladora trajo como consecuencia la reprimenda corporal de Aída que Octavio había previsto. «¡Eso es para que tengas más cuidado y estés atento!», le dijo. Cada vez que tenía que ir a hacer el mandado el terror lo invadía. Siempre lo hacía de prisa, yendo a lo concreto, mirando en todas direcciones en su recorrido de ida y vuelta, por si tenía que escapar o esconderse. En su mundo no cabía un ser como él, que lo llenaba de terror por su tamaño y actitud. Lo sobrepasaba en todos los sentidos de lo que podía ser una relación humana de igual a igual, sin ventajas de uno sobre el otro.

Un día volvió, como a diario lo hacía, a ir por el pan. Una vez hecho el mandado, al salir del local, ahí estaba Papi frente a él. Lo miró como siempre. Tenía una única mirada, no había otra. Con el tiempo, Octavio se dio cuenta de que la gente mira de acuerdo a lo que pase por su alma,

y hay a quienes siempre les pasa lo mismo, y es por eso que nunca mirarán de otra manera porque el tiempo no les alcanzará para cambiarla. Amenazante le dijo: «¡Nunca te metas conmigo, porque te caigo a coñazos!». Como la primera vez, Octavio no entendió a qué se refería, pero sí lo sentía y, dejando de mirar, continuó camino a su casa. Percibió que Papi lo seguía, sentía el deseo de echar la vista atrás para confirmarlo con sus propios ojos, pero no se atrevía; el miedo a tener la certeza de lo que suponía lo empujaba a no confrontar la situación. Mientras esto invadía su cabeza, sintió en el hombro una fuerza que lo haló y le dio la vuelta hasta ponerlo frente a Papi. Octavio llevaba una bolsa de papel de estraza con diez bollos de pan francés. «¡Dame la bolsa!», lo interpeló Papi amenazante. Aún con el temor que desde antes lo invadía, reaccionó y solo atinó a decir en una única sílaba: «¡No!». Papi asombrado por la respuesta inesperada miró a Octavio y, mientras este tembloroso lo miraba, le arrancó la bolsa y corrió.

No pudo moverse, y el temor que sentía por el encuentro se transformó nuevamente en la angustia de cómo explicarle a su madre lo sucedido. Se encontraba atrapado entre dos fuerzas que no le permitían escapar. Imaginaba encontrar un lugar seguro donde no tener que combatir sus miedos y no estar atado a ese mundo en el que vivía, que se traducía en movimientos predecibles de recorrido diario. Decidió que no le quedaba otro remedio que ir a casa y «confrontar» a su madre, aún sin saber lo que aquella palabra significaba. Se debatía entre el hecho de contar esta vez la verdad ocurrida por no haber llegado con el pan o decir nuevamente la mentira de la vez anterior de que la moneda se le había caído en una alcantarilla y que, de haber podido, la habría rescatado. El haber dicho lo de la alcantarilla no lo salvó de la «corrección» corporal. Se preguntaba por qué esta vez sí le funcionaría lo de la pérdida de ese metal redondo con el perfil acuñado de un hombre al que llamaban «prócer» y que era padre de todos los que ha-

bían nacido en esa geografía llamada país y que él ni siquiera conocía. Qué valor podía tener ese metal. No veía salida. Una vez más, recibió la reprimenda que esperaba por no haber confrontado la situación y dejarse arrebatar el mandado. De nuevo las mismas palabras: «Eso es para que estés atento y tengas más cuidado. Aprende a defenderte, mira que no te voy a durar toda la vida». Ante esas palabras, Octavio se preguntó por qué le habría dicho que aprendiera a defenderse; ¿acaso Aída sabía lo que estaba pasando? ¿Y si lo sabía, por qué no iba a su rescate? Así como se lo preguntó a sí mismo, así lo dejó pasar. Lo cierto es que la verdad no había servido para evitar el castigo. Se sentía responsable de lo que le ocurría. Quizás, si hubiera aprendido a nadar, habría hecho lo necesario para sobrevivir en medio de esas dos aguas que pretendían asfixiarlo, mantenerlo en vilo. ¿De qué se trataba? ¿Por qué alguna de las dos corrientes no acababa definitivamente con la situación? Los días siguientes a estos episodios seguían trans-

curriendo igual con Papi: «No te metas conmigo, mira que soy más grande que tú», «Te voy a golpear». Cada día más, el mundo paralelo de Octavio se hacía más pequeño.

Un día, de vuelta a la panadería, vio que frente a ella estaba El Gallo, un tipo muy alto —o por lo menos a Octavio así le parecía, quizás por su propia estatura y en comparación— de unos treinta años, de cabellos y barba muy largos, vestido con camisa a cuadros, chaleco de piel, *jeans* raídos y botas vaqueras. Ver a El Gallo era ver un personaje de *Easy Rider*, era tener a un metro de distancia a Dennis Hopper recorriendo las carreteras de un país que con todos sus cuestionamientos izaba la bandera de la libertad, o por lo menos era lo que Octavio siempre escuchaba decir. El Gallo, recostado de una *chopper* cacho e' vaca, estampada en su tanque de gasolina con llamaradas de fuego que al recorrer los caminos se avivaban y dejaban una estela que se podía divisar desde cualquier distancia. Mientras El Gallo se fumaba un tabaco de *Maryjane*,

conversaba con Dimas, un tipo de veinticinco años, vestido a la moda, con los mismos *jeans* que todos usaban, en camiseta a rayas, de cuello redondo y con zapatos de charol estampados con la bandera de los Estados Unidos de América. Según se comentaba en la cuadra, él había estado una temporada en Nueva York estudiando algo que nadie sabía. Se podía percibir cómo sus amigos lo miraban, con la distancia de quien mira a alguien especial, cuando les contaba sus peripecias en esa ciudad. Era quizás en ese momento un sueño de muchos poder vivir en esa capital de ninguna parte, pero a la vez capital del mundo, gran Torre de Babel donde, más allá de la delincuencia desbordada de esos años setenta, seguía siendo un destino que muchos en Latinoamérica anhelaban, muy a pesar de los «izquierdosos» del continente que, regidos por una «revolución» ocurrida en una isla del caribe, en el fondo deseaban estar allí y gozar de los privilegios de una sociedad que con todos sus defectos te permitía ser tú mismo. Era increíble

saber que existía una ciudad que no dormía, que era lo mismo las dos de la tarde que las dos de la mañana. Que de madrugada cualquiera podía ir al supermercado a hacer compras de última o de primera, hora.

Octavio entró a la panadería, y nunca supo por cuál razón, ese día no había pensado en Papi. No pasaba por él ningún sentimiento ni emoción. Cuando se disponía a pedir el pan, un golpe corto y seco lo empujó por la espalda y lo hizo chocar contra el mostrador. Se volteó, y ahí estaba Papi. Lo empujó de nuevo con ambas manos, esta vez en el pecho, y le dijo: «¿Qué?, ¿quieres pelear?», y sin pensar, conteniendo la rabia, respondió: «¡Sí!». Inmediatamente ambos salieron de la panadería y, una vez en la calle, Octavio se abalanzó sobre él y Papi cayó al suelo. Octavio lo golpeaba incesantemente, en un momento en el que la razón no tiene cabida. Lo golpeaba sin parar. Papi, ese ser pendenciero de los días anteriores, desapareció. No se veía en él aquella mirada arrogante con la que antes lo había retado.

Se notaba en él un aire de miedo convertido en indefensión. Mientras esto pasaba, Octavio sintió como su cuerpo se elevó, y desde su punto de vista cenital, podía ver la expresión de terror bañada en sangre de Papi que aún estaba tirado en la acera. El Gallo había levantado a Octavio tomándolo por las axilas mientras le decía que ya dejara de golpearlo. Papi, aprovechando el momento y sin quitarle los ojos de encima a Octavio, se incorporó y emprendió su huida. El Gallo, dando tiempo de que Papi desapareciera, aún permanecía sujetando a Octavio, quien intentaba zafarse sin lograrlo. Papi huyó.

Ya Octavio en casa y sin hacer mención a Aída de lo que había pasado, se metió en su *box spring* a pensar en lo ocurrido. Sintió que ya eso no pasaría más. Se había liberado de un yugo que no le pertenecía. O por lo menos eso creyó.

Su primer día

Octavio de los Santos medía un metro cincuenta de alto. Era el más pequeño de ese universo didáctico que es la secundaria. Aún conservaba el aire de la escuela primaria. Mientras caminaba, se sujetaba el pantalón en la pretina con la mano izquierda y en la derecha llevaba sus libros. No había pantalón que le quedara justo a su cuerpo. Su talla exacta no existía. Iba en camino a afrontar un mundo desconocido. Esto a Octavio le creaba angustia. No sabía, ni tenía idea, de cómo manejarlo. Era su primera vez solo en el mundo exterior y, sin saberlo, sentía que no tendría las armas para defenderse y sobrevivir en ese espacio. Lo presentía a través de sus temores. Su madre no lo acompañó ese primer día. Cuando lo inscribió en el liceo, que estaba a ocho calles de su casa, fue con él para que se aprendiera el camino.

—Ya sabes cómo llegar. Puedes ir y venir solo

—le decía Aída retándolo.

Esto le producía a Octavio sueños que se convertían en pesadillas. Se sintió lanzado a un ruedo de Miuras adultos siendo novillo.

El liceo estaba en una edificación de tres pisos que en su fachada tenía en el segundo un gran balcón de barandas blancas con arabescos. Una entrada que daba a un zaguán que conectaba a unas escaleras. Estas subían hasta un rellano para luego girar en sentido izquierdo hasta llegar a la primera planta, donde se abría una sala decorada con un gran sofá *beige* de cuatro puestos tapizado en un material que simulaba piel. Al lado izquierdo del sofá estaba una ventanilla de vidrio transparente a modo de taquilla comandada por una señora gorda, de anteojos de montura gruesa, trajeada con un vestido estampado en flores tropicales. Era la señora Luisa, la administradora. La que les permitía a los alumnos pasar a clases si estaban al día con los pagos. Circunspecta. No había un dejo de sonrisa en su gesto. Caminó en sentido contrario a

la taquilla, a través del pasillo que lo condujo a una oficina. En la parte superior del arco de la puerta tenía un letrero en el que se podía leer «Dirección». Entró. Se encontraban una mujer de unos treinta y cinco años, que en su escritorio reposaba una placa con su nombre y su cargo: «Norma Contreras, adjunta a la dirección», y un hombre como de cincuenta y cinco. Él era Neville Jackson, el director. Hombre negro, gordo, con rostro bonachón. Parecía nacido en Nueva Orleans. Cuando Octavio lo vio, lo imaginó poniéndose de pie ejecutando una trompeta en el contexto del *Mardi Gras*. Recordando películas que alguna vez había visto en la tele. La oficina de la dirección se había convertido en Bourbon Street donde la gente con sus antifaces reía embriagada de vida, disfrutando de su último día de placeres y excesos antes de que la divinidad les marcara el período de abstinencia. Recostado a una pared contigua a la puerta de un bar, Neville vestía de camisa blanca y chaqueta púrpura, adornando su cuello con una pajarita dora-

da y con su trompeta interpretando un *blues* que movía los cimientos del alma. El alma negra del origen primigenio del que casi todos los nacidos en esa tierra llevan tatuado en la sangre. Neville con su gran cuerpo, y acompañado con una voz acorde a su figura, lo saludó esbozando una gran sonrisa blanca que iluminó el lugar y que contrastaba con el marco de su cara negra.

—Buenos días, de los Santos —le dijo.

Octavio, mirándolo desde abajo, le respondió el saludo, no sin temor. Su presencia lo avasallaba.

—Buenos días —respondió Octavio.

—Norma, acompañe a de los Santos hasta el primer año «A».

—Sí, Neville —le respondió con tono de confianza muy cercana.

De la mano de Norma llegó al salón de clases. De pie y delante del pizarrón estaba un hombre blanco y alto, de contextura fuerte, de cabellos lacios y largos. Más de lo que la convención so-

cial determinaba para un varón adulto del momento. Vestía un pantalón de *drill beige* y camisa a cuadros. Saco de pana marrón con sendos parches más claros en los codos. Llevaba anteojos de corrección, de montura de pasta negra. Su voz grave y con acento foráneo retumbaba en ese espacio donde en el aire desplazaba el conocimiento. «¡Buenos días, adelante!». Lo recibió Marcelo. Profesor de Castellano y Literatura, quién había llegado a nuestro territorio huyendo del régimen político de su país. Marcelo, más allá de lo que denotaba su presencia, en tamaño y consistencia, era un alma noble, estaba muy cerca de ser un «ser humano». Siempre dispuesto a sensibilizar a sus alumnos y a que se descubrieran en sus búsquedas.

Octavio entró al salón mirando a su alrededor, buscando un lugar en el que pudiera sentarse de inmediato para ya no ser el eje de las miradas. Estaban unos treinta alumnos. Se sentó en la última fila flanqueado por la izquierda por una niña morena de cabellos lisos negros con dos

grandes pechos que enaltecían su torso. De la que supo después era Pili Pérez. Octavio se sentó, y ella le sonrió con la mirada. La ensoñación lo cubrió. Pili le hizo fabular mundos que solo recordaba haberlos imaginado con Cathie, La Bella. Se regodeaba absorto en sí mismo con un ser del que ni siquiera sabía su nombre, que por primera vez veía y de solo cruzar las miradas ya había producido en él la posibilidad de un mundo donde sumergirse. Era su búsqueda constante de poder escapar de lo real, donde no se sentía a gusto. «Joven, preséntese, diga su nombre y apellido», dijo Marcelo. En su mundo etéreo Pili y él reían de felicidad rodeados de otros que los secundaban.

—¡Joven! —lo interpeló Marcelo.

Octavio sobresaltado, habiendo estado extraviado de la realidad, despertó mientras todos en el aula reían.

—¿Está aquí o en la nave de George Taylor rumbo al planeta de los simios? ¿Primer día de

clases y ya está soñando despierto?

Vacilante miró a Marcelo y a su alrededor.

—Octavio de los Santos respondió sin que del todo le saliera la voz.

Ese primer día fue de reconocimiento de todo el universo que lo rodeaba, cautivo entre muros. Mundo donde las hormonas se respiraban, se mezclaban y percibían a cuerdas de distancia. Un cosmos adolescente, donde cada uno de ellos se sumergía y veía su mundo desde un propio y único punto de vista. No había más, era suficiente contacto con la vida en ese instante.

Marcelo era de esos seres cercanos que pretendía, con acierto, que sus alumnos se enamorasen de la materia que dictaba. Permitía el criterio libre, argumentado más allá de los textos. Se salía en ocasiones de lo acordado formalmente en la estructura ministerial para estimular lo creativo y que cada uno expresara desde lo intrínseco lo que pensaba y sentía.

La sala de diapositivas que usaban los profesos-

res para ilustrar con imágenes la materia a su cargo era una sala sin ventanas. Bien dispuesta para cualquier proyección audiovisual. En una ocasión, Marcelo llegó con una maleta pequeña de madera en la mano derecha y discos de acetato en la otra. Les pidió ir a la sala. Una vez allí, puso la maleta sobre el escritorio. La abrió y se convirtió en un tocadiscos con dos amplificadores para escuchar música. Era un portátil de la marca Phillips. En esta sala en particular los pupitres no eran individuales, sino mesas rectangulares para dos alumnos. Octavio se sentó en una de ellas con Pili, con quien ya tenía un romance escolar. Por supuesto, todos hablaban al unísono mientras Marcelo disponía de sus herramientas para la actividad. Pidió silencio. Hizo sonar un disco. La música que se escuchaba, quizás ninguno de ellos jamás la había oído, o por lo menos no conscientemente. Al escucharla, todos comenzaron a quejarse diciendo que era música para dormir. Marcelo los detuvo y les hizo saber que sintieran con detenimiento la

instrumentación, los acordes, las armonías y la precisión de cómo se conjugaban. Escuchaban *La ofrenda musical* que Juan Sebastián Bach le había improvisado a Federico II de Prusia, El Grande. Luego sustituyó ese acetato por otro y, cuando comenzó a sonar, todos lo reconocieron y entraron en un estado de disfrute. Nadie se quejó. Era Cat Stevens con su *Father and Son*. Fue entonces cuando Marcelo les hizo saber lo maravilloso de ambas piezas, más allá del gran trecho de tiempo transcurrido desde El Clásico. Allí Octavio comenzó a digerir y apreciar lo creativo con detenimiento.

En ese su primer año, el tiempo de Octavio transcurría más allá de lo académico, en situaciones en las cuales estaba en desventaja. Siendo el más pequeño en estatura del liceo era presa de agresiones físicas constantes por parte de alumnos de años superiores. En una oportunidad, Carlos Bello, que cursaba segundo año, y que doblaba a Octavio en estatura, con actitud pendenciera, obstaculizó su paso en las escaleras que condu-

cían al segundo piso y, acompañado de dos de sus amigos que siempre les obedecían en sus acciones, lo golpearon en la cabeza con los nudillos. Riendo, junto a sus amigos, le preguntó:

—¿A dónde vas, Elena? Elena, «elenano».

Y Octavio, que en la mano llevaba un lápiz con la punta recién afilada, reaccionó sin responder con verbo preciso alguno y clavó el lápiz en la pierna de Carlos Bello con la fuerza que da el hartazgo proporcionado por un poder que se cree intocable. En los días subsiguientes, Carlos lo miraba en la distancia sin acercársele con el atuendo de la impotencia de saberse vulnerable.

La luz naranja

Octavio de los Santos tenía siete años. Se había mudado y vivía junto a Aída —su madre— y su hermana en la Casa Blanca. Una casa-apartamento enclavada en el primer piso de una edificación de esa altura. Pasó de ser una casa de una sola planta a dos. Sus dueños crearon ese departamento en la parte alta para alquilarlo y ayudarse económicamente; e hizo en la parte baja un pequeño local comercial. En este funcionaba un taller de reparación de zapatos dirigido por Doménico, un señor italiano, gordo, que siempre lucía una barba de tres días. Aun así dejaba ver su cara de bonachón que hacía juego con su actitud. Octavio escuchaba el ruido de la moto del repartidor del pan y se asomaba a la ventana. Lo veía estacionado frente al local de Doménico en una motocicleta *Zündapp KS 750 sidecar*, tal y como las que se ven en las películas de los nazis de la Segunda Guerra Mundial. Con la diferencia de que, en vez de soldados armados,

esta estaba ocupada por sacos de papel de estraza repletos de pan de diferentes tipos. Veía a Doménico salir del local, acercarse al repartidor y recibir la bolsa de pan caliente.

La Casa Blanca tenía dos habitaciones. Una, la de Aída, y la otra la compartían Octavio y su hermana. Estas se comunicaban en su interior con una puerta que permitía el acceso inmediato desde la habitación de Aída. Octavio y su hermana dormían en sendos *box springs*. El de Octavio estaba adosado a la única pared con ventana. Estaba orientada hacia el este. Por allí entraba la luz de la mañana. Una luz naranja que colmaba todo el lugar. Octavio se recostaba de tal manera para que el sol le acariciara la piel. Le producía una rara sensación de placer. Era un rito que repetía constantemente. Después de cada amanecer de sábado, tal y como si fuera un día de escuela —con la diferencia de que Aída aún dormía—, su hermana y él iban a la cocina a preparar pan y tomates rellenos de azúcar. Para hacer esto dependía de estrategias que llevaba

a cabo bajo las órdenes de su hermana, quien era dos años mayor que él. Primero, necesitaban tener la certeza de que Aída aún dormía, sin riesgo de que se despertara y abortara su plan. El espacio de la cocina era rectangular y en el extremo contrario a la puerta de entrada tenía un pequeño balcón que daba al patio de la casa contigua, donde vivía una gran mata de mango que con sus ramas rozaba el muro que hacía las veces de balcón. En la cocina había una silla como las que se usaban en los porches de las casas de playa de la época, fabricada con cabillas soldadas entre sí y forradas con tiras delgadas de plástico en azul y blanco. Su hermana acercaba la silla justo debajo del gabinete donde se guardaba el tarro de vidrio transparente y limpio del azúcar. Le ordenaba subirse en la silla para que lo alcanzara y él, obedientemente, lo hacía. Menester en el que ya era experto. Una vez hecho este movimiento mecánico, le entregaba a su hermana el tarro y ella se encargaba del resto. Deshuesar y rellenar el tomate o el

pan. Se echaban en la cama a comerlo. Octavio intentaba hacerlo de manera que, mientras comía, el sol que tanto le placía, lo mirara. En uno de esos sábados de cada semana, nuevamente, volvían a su rito. Antes de ir veloces a cumplir su rutina, su hermana entreabría la puerta interior de la habitación para percatarse de que su madre aún dormía, y así poder ejecutar el plan semanal con la certidumbre de que aún estaba en el mundo de Morfeo. Confirmado esto, y ya una vez en la cocina, Octavio procedía a ejecutar las órdenes de su hermana. Con el tarro del azúcar en la mano, se dispuso a girar sobre la silla para dárselo, y justo en ese momento, perdió el equilibrio y, estrepitosamente, cayó. Su hermana, reaccionando, se apartó, y dejó libre el espacio para que Octavio no la arrollara en la caída. El estruendo provocado por el tarro, la silla y la humanidad de Octavio le hizo pensar, en medio del caos, que Aída despertaría y ello provocaría su ira. En la sala de estar había un par de ventanas que daban a la calle —las mismas por

donde Octavio se asomaba a ver al repartidor del pan— flanqueadas por cortinas blancas, vestidas a su vez por otras de tul también blancas. Ya habiéndose estrellado junto al tarro contra el piso de granito blanco, sintió en su barbilla una sensación de un fluido cálido que lo recorría, y fue entonces que se percató del púrpura que chorreaba en su pijama. Veía los ojos inundados de terror de su hermana que lo miraba estática, y esto le hacía imaginar lo peor sin saber lo que eso conceptualmente significaba. Sintió que su hermana lo miraba como si él fuera uno de los monstruos asiáticos que Ultramán combatía en cada uno de sus capítulos diarios que veía en la televisión todas las tardes cuando llegaba de la escuela. Se incorporó mientras la sangre fluía, y corrió a la sala a sujetarse la barbilla para así aliviar y ponerle dique a aquel río rojizo que tanto ruido hacía. El tul blanco se alimentó rápidamente de la sustancia que salía de sí, hasta ser la protagonista de ese espacio blanco. El rojo rugía hasta más no poder sin que hubiera mane-

ra de que pasara inadvertido. A todas estas, su hermana estaba ausente y, en medio de la situación, la extrañaba, hasta que apareció acompañada de Aída, quien replicaba la misma cara de terror que su hermana. Esa orgía de plaquetas y glóbulos rojos y blancos danzando fuera de la vía sanguínea no paraba. Estaban ebrios, en el éxtasis de haber podido escapar de su cautiverio. Habían logrado, al fin, llegar al bacanal deseado sin que ninguna sutura les pusiera coto. En volandas, Aída tomó de la mano a Octavio y, ya en la calle, se subieron los tres a un taxi que los llevaría a un centro asistencial, mientras el conductor les recordaba, de manera insistente, que no mancharan el carro con aquella sustancia escarlata que ensordecía. Los asientos —también blancos— temían ser tocados por ese líquido que emanaba del cuerpo de Octavio. El taxi, un Impala Cabrio blanco con dos alas en la parte posterior de la carrocería que custodiaban el maletero. A toda velocidad emprendió la marcha al puesto de socorro. Finalmente llegaron. Intro-

dujeron a Octavio en una habitación de paredes impecablemente blancas y con una gran ventana de vidrios biselados orientada hacia el este por donde atravesaba la luz. Allí estaban un médico y una enfermera vestidos del mismo blanco. La enfermera, una mujer alta, morena, caribeña, de voz grave y rostro exótico pero nada afable de actitud, dotada de grandes caderas que dejaban ver dos protuberancias nacientes de estas, se hacía cargo de él. Con una gasa comenzó a limpiar la herida de la barbilla, mientras le decía al médico que requería, por lo menos, catorce puntadas. A Octavio, aún sin saber a qué se refería, lo invadió el miedo, porque inevitablemente la palabra «puntadas» le hizo recordar las agujas con las que su madre cosía las camisas del uniforme escolar y las de las clases de bordado que su hermana tomaba en el colegio de monjas donde estudiaba, donde prensaba un corte de tela en un aro de madera y, ya tenso este, como el cuero de un tambor, daban puntadas sobre una figura previamente dibujada; donde la

aguja entraba y salía provista de un hilo de color. Sobre la camilla en posición decúbito dorsal vio cómo la enfermera le pasaba al médico una aguja en forma de U, y de solo imaginar que la aguja entraría en su cuerpo como si fuera un bordado, este comenzó a temblar. Lo tomaron entre ambos, médico y enfermera, como quien pretende domesticar un animal salvaje sin poder lograrlo. Lo ataron con esparadrapo uniendo en una sola pieza cuerpo y camilla para inmovilizarlo. Esto no rindió resultado, y el cuerpo de Octavio no dejaba de estremecerse. La enfermera pidió la ayuda de Aída, creyendo que ella podría dominar a ese niño para poder hacer la cura necesaria. No pudo. El cuerpo de Octavio se sacudía junto a la camilla, como si Pazuzu lo hubiera poseído tal y como lo hizo con Regan Mac Neil. Repentinamente, a través de la ventana de la habitación atravesó la luz naranja que tanto le satisfacía y, todavía zarandeándose, y como a través de un hilo invisible se conectó con ella. Octavio pasó incomprensiblemente de

una turbulencia extrema a una calma dramática para quienes lo acompañaban en esa sala fría. Octavio perdió el sentido.

Terapia de choque

La noche se hizo madrugada. La mesa estaba llena de botellas vacías. Octavio de los Santos se había despreocupado por la hora. Franco le había ofrecido llevarlo hasta cerca de su casa.

—La última cerveza y me voy —dijo Octavio con la lengua trabada que procura el alcohol.

—¿La última? La última es cuando uno se va a morir —dijo Franco riendo.

—Es que después no consigo transporte, y no tengo plata para pagar un taxi.

—Tranquilo, no te hará falta. Yo te llevo. Despreocúpate.

—¿De verdad, Franco? —preguntó sorprendido.

—Sí, de verdad. Eso sí, te dejo a dos cuadras, tu calle es muy peligrosa —se carcajeó.

—¡Gracias! —respondió aún más sorprendido por la carcajada—, mejor a dos cuadras que nada.

El argumento de Franco era una verdad incuestionable para los foráneos. Octavio seguía sin entender la carcajada de Franco. Así como lo pensó, lo dejó pasar. La zona donde vivía Octavio tenía mala fama. Es lo que llaman «zona roja». Había llegado allí a los 5 años. Todos los vecinos lo conocían de siempre. Gozaba de esa ventaja.

Semanas atrás, habían robado «a mano armada» a un vecino. Abel, la víctima del robo. El ladrón era un desconocido.

—Me dijeron que te robaron aquí en la cuadra —dijo Octavio.

—Sí, el día del pago de la quincena —respondió Abel con desazón.

—¿Lo reconociste?

—No. No era de «los nuestros» —rio con ironía— nunca lo había visto.

—¡Lo lamento! —dijo Octavio con honesta sinceridad.

—¿Te amenazó con algún arma? —preguntó con inquietud.

—¡Sí, claro!, con un 38 negro con la cacha de nácar.

—¡Cooño! —exclamó Octavio pensando en lo que pudo haber sucedido.

—Me apuntó por la espalda. Me robó el sueldo de la quincena —dijo reviviendo el momento.

—Por lo menos no te robó la vida —dijo Octavio incrédulo de lo que decía, intentando consolarlo.

—Bueno, ya nada puedo hacer —replicó Abel—, hay que cuidarse. Ya los tiempos no son los mismos de antes.

—Sí es verdad. Hay que cuidarse —repitió Octavio sin saber que decir—, ya los tiempos no son los mismos.

Ese viernes era día de cobro. Octavio se escapó del trabajo para ir al banco a sacar el dinero para el pago del alquiler y para el mercado de la quincena. Como «disciplina», se reservaba algo

de dinero para tomarse unas cervezas con los amigos.

Tomó un ticket del dispensador de turnos. Viró la mirada a la pantalla de llamadas de atención al cliente. El último atendido era el 13. Estaba muy cerca de su número, el 15. Mientras esperaba, alguien lo saludó desde su retaguardia. Miró a ver quién era, y allí estaba El Rojo uno de los ladronzuelos de su cuadra. Respondió al saludo ocultando su sorpresa. Qué raro —se dijo— este tipo acá tan lejos del barrio. ¿Será que está planeando robar el banco? Y se rio para sí. No le dio buena onda tropezarse con él en esa geografía bancaria tan neurálgica.

Estaban en La Clínica, el bar que frecuentaban Octavio y sus compañeros de trabajo. Joao, el dueño, le había puesto ese nombre porque estaba convencido por propia experiencia que la mejor manera de curar las penas del alma era bebiendo. Llegar hasta el borde del abismo ético y percatarse de que la vida tenía un valor más allá de las penas del amor. Decía, era una

«terapia de choque». «O te salvas o te mueres en el impacto». No había más opciones para lograr una resolución, repetía Joao.

El auto se detuvo. Octavio dando tumbos se bajó en medio del silencio, solo roto por el estruendo de la emoción ética de sus amigos despidiéndose. Los vio alejarse a toda velocidad hasta que el sonido del motor desapareció. Pocas luces del tendido eléctrico funcionaban. La penumbra persistía. Los claroscuros creaban sombras a su alrededor. Las sombras de los árboles lo acechaban. Se sentía perseguido a cada paso. En silencio se detuvo a esperar que lo sobrepasaran. Fue inútil. Como él, también se detuvieron. Repentinamente una fuerte brisa sacudió las ramas de los árboles provocándole escalofrío. El cuerpo le temblaba. Llegó a su memoria el atraco que le hicieron a Abel. Su miedo se hizo más intenso. Mientras permanecía estático escuchó susurros de lo que creyó que eran personas. En medio de tanto silencio escuchaba el más leve ruido. Se percató de la razón de su miedo: el dinero que

llevaba en la mochila. Respiró. Intentó calmarse para continuar. Cauteloso, decidió avanzar. Ya a pocos metros de su casa, escuchó una voz grave y amenazante que lo conminó a detenerse mientras lo presionaba con un objeto en un costado de la espalda:

—¡No te muevas! —le dijo ordenando.

De inmediato, como un *deja vú* no propio, recordó de nuevo el suceso del robo de Abel.

—¿Qué quieres? —le dijo, temblándole la voz.

—¿Eres imbécil?. ¿Qué voy a querer? ¿Un besito? ¡Dame todo lo que tienes!

Intentaba reconocer la voz, pero no se le parecía a ninguno de los malandros de la cuadra. En ese momento, se volteó y pudo ver el 38 con cachapa de nácar del que le había hablado Abel. El tiempo se suspendió. Digería la situación. Recordaba la «terapia de choque» de la que hablaba Joao: «O te salvas o te mueres en el impacto». No estaba dispuesto —aun con pánico incluido— a perder el esfuerzo de sus quince días de

trabajo. El tiempo detenido se activó y, en medio de la oscuridad de la noche, se abalanzó sobre el asaltante. Comenzó a forcejear intentando quitarle el arma. Los dos cuerpos confusos se hicieron una sola masa. El aliento a alcohol del delincuente era fuerte. Pensó que podía ser una ventaja para él que estuviera bebido. Se envalentonó. No dejaba de luchar para proteger sus pertenencias. Octavio pudo verle la cara. Lo impactó. No daba crédito a lo que veía. En medio del forcejeo, se escuchó la detonación del arma. Las luces de las casas que les rodeaban se encendieron. Los dos cuerpos yacían en un charco de sangre. Era Franco.

Presagio

Las calles inundadas de soledad y el clima haciéndose cómplice del contagio no lo ayudaban a soportar su depresión. Una llovizna persistente empapaba el pavimento. El cielo gris se reflejaba en él. La brisa suave y humedecida chocaba en la cara de Lautaro.

La urbe que otrora se colmaba de existencia carecía de la presencia humana. La población no salía de sus casas por temor al contagio. Los que se atrevieron a hacerlo, ignorando la letalidad del mal intangible, sucumbieron.

El virus que afectaba a los habitantes de la ciudad era desconocido. Se trataba de un combate de sombras, de una pelea desigual ante el hecho de que no se podía ver al contrincante. Era una pelea colectiva. Después de dos semanas encerrado, Lautaro, de *blue jeans* y pulóver que hacían juego con su chaqueta de otoño, sacó del bolsillo del pantalón el frasco de Prozac que

tuvo que retomar después de un tiempo, sabiéndose no apto para encarar en vigilia la realidad que estaba viviendo. Se tragó dos pastillas. Se protegió el cuello con una bufanda de lana azul índigo y decidió enfrentarse a la calle.

Dos semanas antes, Lautaro se preparaba para salir del trabajo cuando el teléfono interno de su cubículo sonó.

—¿Lautaro Jiménez? —le preguntó la voz desde el otro lado de la línea.

—¡Sí!, dígame.

—Soy el licenciado Calzadilla.

—Sí, jefe, soy yo. Dígame —reaccionó Lautaro.

—Pase por mi oficina antes de retirarse —le dijo con aire de autoridad.

—Sí, jefe, ya voy para allá —colgó el teléfono.

La llamada le produjo desasosiego. Viendo hacia la nada pensaba en por qué el jefe lo requería. Lautaro rendía cuentas a un supervisor inmediato, no al jefe de la compañía. Quizás una vez,

a lo sumo dos, en cinco años le había pedido pasar por su oficina. Sobre todo porque no era precisamente el tipo de jefe que se mezclara con los empleados. Él mantenía una «sana distancia». La sensación que le produjo la llamada lo invadió con pensamientos de preocupación. En semanas anteriores se había corrido el rumor de que reducirían la nómina del personal no indispensable. «Soy uno de esos no indispensables», pensó. La llamada le hizo pensar en ello.

Recorrió desde su cubículo un pasillo alfombrado en un material de mala calidad. Su tono gris ratón venido a menos presagiaba una mala noticia. Colmaba su mirada en su andar cabizbajo. No quería pensarlo. No podía dejar de hacerlo. Cualquiera otro, quizás, habría orado, le habría pedido a san Marcos de León, que amansa a la Draga y al Dragón, que aplacara a Calzadilla. Pero no. Lautaro nunca creyó en libros de autoayuda ni en oraciones que lo pudieran salvar del mal inminente. Frustrado por lo que aún no había pasado, continuó andando. Llegó al pasi-

llo del ascensor del piso 7 para ir hasta la oficina del jefe. La flecha externa sobre el dintel del ascensor indicaba que iba subiendo. Se abrió la puerta. Salieron dos personas que no conocía. Esmeralda, la operadora del ascensor, le reafirmó la ruta pero que de bajada lo recogería. Lautaro se apuró sin querer hacerlo en decirle que él iba al piso 11. Realmente no quería subir, pero estaba obligado. Entró.

—¿Y eso? ¿A qué vas al Olimpo? —inquirió Esmeralda.

—¿La verdad?, no lo sé. Me citaron allí —no quería entrar en detalles.

—¡Uhmhhh, malo, malo! —como si pensara en voz alta.

Esa expresión le preocupó mucho más. ¿Por qué Esmeralda decía eso? ¿Qué sabía ella que él no supiera? ¿Acaso había escuchado hablar de él? Lautaro fingió no haber escuchado, y preguntó:

—¿Qué dice?, no la escuché —haciéndose el tonto.

—Nada, nada. No me haga caso —dijo entre risas.

Ya en el piso 11, salió del ascensor y se enfrentó a la gran puerta de vidrio color humo que separaba el pasillo de la oficina del jefe. En el marco derecho de la puerta había un intercomunicador. Lautaro lo presionó y una voz femenina con sonido nasal le respondió:

—Calzadilla y asociados, buenas tardes.

—Buenas tardes, soy Lautaro Jiménez, el licenciado Calzadilla me espera.

—Sí, adelante —le indicó la voz.

El sonido de la cerradura eléctrica le hizo saber que la puerta había abierto. Entró a la recepción. Una vez allí, la recepcionista lo invitó a sentarse mientras ella lo anunciaba. Se paró y atravesó otra puerta, esta hecha de madera de cedro muy bien pulida y de diseño antiguo que daba la sensación de fortaleza, de protección. Casi inmediatamente apareció de vuelta y lo invitó a pasar. La angustia de Lautaro se acrecentó previendo lo peor. Estaba a segundos de encontrar-

se con Calzadilla. Sus pensamientos se conjugaban con lo que había dicho Esmeralda. Atravesó la puerta y, tras de sí, la recepcionista la cerró. Delante de él estaba el licenciado Calzadilla, un tipo de unos setenta años, regordete y con calvicie extrema, excepto de su lado izquierdo donde los pocos pelos que tenía se los peinaba a un lado para taparse el lado derecho de la cabeza. Su presencia, empotrada en una silla «ejecutiva» que lo superaba en tamaño, lucía patética. Delante de esa figura, un escritorio de madera de dos por dos que, a su vez, hacía juego con la puerta del despacho. El lugar contaba con una especie de antesala integrada custodiada por un Chesterfield clásico inglés capitoneado de tres plazas, acompañado de dos poltronas del mismo estilo. El presagio cobró vida.

Con el tapaboca puesto, pensaba en retar al contrincante con algo de protección. Estaba a diez cuerdas de la casa que había compartido con América Adoración durante cinco años. Comenzó a andar bajo la llovizna persistente. Mientras

caminaba, recordaba lo vivido con ella. Todo pasó al unísono, como una coreografía de movimientos bien ensayada. Como si el Sino hubiera conspirado en su contra. Haber perdido el empleo, y que América Adoración lo dejara, fueron golpes fuertes coronados por la epidemia que padecía la ciudad. Un primer golpe lo hizo caer, y cuando ya se disponía a ponerse de pie, sin verlo venir, otro golpe lo sorprendió. Este último lo tiró de nuevo a la lona, escuchó el conteo de diez y no pudo pararse. Estaba noqueado. «La muerte y el desamor noquean», se decía a sí mismo. Lautaro no sabía si iba a poder superarlo. Sin embargo, y estando fuera de sí, decidió incorporarse.

Cuando Lautaro conoció a América Adoración hace siete años ya estaba enamorado de ella sin haberla visto nunca. Llegó el día en el que podía tenerla frente a frente. Darle forma, cara, a ese nombre del cual Patricio tanto le había hablado.

Coincidieron en el *vernissage* de Patricio, quien emocionado abría su primera exposición indivi-

dual. Eran amigos de la infancia allá en su Chile natal. Entre copas de vino y charla, Patricio se la presentó. Su tiempo se suspendió. Patricio los miraba con un dejo de insatisfacción. Lautaro se sumergió en aquella mujer de piel morena, cabellos negros y frondosos que caían como cascada bañando sus hombros. Su humanidad sobresalía entre el resto de las visitantes de la exposición. Estaban solos. No había universo más allá que el de ambos. En un movimiento giratorio se indagaban en la mirada del amor único, como diría Borges: «Estar enamorado es percibir lo único que hay en cada persona». Las miradas se mantuvieron en silencio, como transmigrando sus almas. La conexión fue inmediata. Se rompió el silencio:

—Hola, soy Lautaro Jiménez —intentando ocultar su emoción.

—América Adoración —respondió con una amplia sonrisa, escrutándolo con disimulo.

—Patricio me ha hablado mucho de ti —le dijo nervioso.

Ella pudo notar su temblor en la piel. A ella le ocurría lo mismo.

Mientras caminaba por las calles desoladas, revivía ese momento del primer encuentro y las emociones que ambos sintieron. El amor que Lautaro sentía por ella «era ancestral», se decía a sí mismo para tener cuerda de donde asirse. Siempre pensó que eso los hacía inseparables. La vida sin ella no tenía sentido. Podía resolver lo de un nuevo empleo y se solucionaría. Es un hecho práctico, pensaba. El mal invisible que azotaba a la ciudad terminaría por ceder ante la sapiencia de los científicos. Se daría con el antídoto. No estaba en sus manos resolverlo. Ocurriría finalmente.

Había decidido pelear su último round. Eso sí le competía. Enfrentarse a América Adoración en buena lid y buscar, si no una victoria, un empate técnico. Volver a estar juntos. Se paró delante del edificio. Inconscientemente, con la reacción que da el hábito, buscó sus llaves. No las encontraba. Ya no tenía llaves. Recordó que América

Adoración se las había quitado. Se acercó al tablero del intercomunicador y presionó el número del apartamento 21:

—¿Sí? —respondió una voz femenina.

—Hola, soy Lautaro —respondió nervioso.

—Te dije que no vinieras —con aire de molestia.

—¡Necesitamos hablar!

—No tenemos nada que hablar, Lautaro. ¡Se acabó!

A través del intercomunicador escuchó una segunda voz, esta vez de hombre.

—¡América!, ¿qué pasa?, ¿quién es?

Lautaro creyó reconocer la voz.

—¿Con quién estás? —preguntó Lautaro alzando la voz.

—Eso no te importa. Ya no estás en mi vida. ¡Déjame en paz!

—Esa es la voz de Patricio. ¡Estás con Patricio!
—gritó.

—Sí, estoy con Patricio. Te repito: ya no estás en mi vida. Sé feliz con alguien más.

—¿Desde cuándo estás con él? ¡Siempre me traicionaste!

—No tengo que responder a eso. Lo que sí te puedo decir es que Patricio me hace feliz. ¡Vete! No me busques más.

Se dio media vuelta y, confundido, comenzó a caminar. Se sentía en un laberinto del cual no sabía cómo salir. No sabía qué hacer, no sabía a dónde ir. Ya nada tenía sentido. Había perdido lo que él creyó que era su amor ancestral. Había perdido a quien por años consideró su mejor amigo. Su pensamiento se ennegreció. No veía salida para soportar el combate. Después de mucho andar sin rumbo bajo la llovizna, decidió ponerle fin al conteo de protección: se arrancó el tapaboca.

Desangrado

Llegaron a la peluquería de Carmela. Una italiana rubia y esbelta, dueña de gran sonrisa. Iba de *blue jean* acampanado, una blusa blanca de tela muy liviana ajustada que permitía delinear sus formas y desabotonada de tal manera que permitía ver el punto de donde parte el nacimiento de sus senos. Lucía un peinado impecable y estático. Helene Curtis lo protegía. Octavio tenía cuatro años.

En una de las habitaciones de su casa estaba plantado el salón de belleza. La casa grande de los años cincuenta estaba protegida con rejas de diseño colonial. Al entrar al porche, el recibimiento lo hacía un piso de baldosas rojizas dibujadas cada una de ellas con una flor de lis que se repetía a lo largo y ancho de esa geografía. Para entrar a la casa, se atravesaba una puerta de doble hoja, muy alta, fabricada en madera de caoba, que mostraba su fortaleza protectora del hogar, hasta llegar a una sala de estar. A la

derecha de esta sala, estaba el salón que hacía las veces del templo de la belleza, habitado por tres secadores de pelo tipo casco, de color rosa, acompañados de sus respectivas sillas, también rosa. Al lado contrario, sendas sillas, frente a igual número de espejos. Las baldosa persistían.

Una vez que Carmela hacía pasar a Aída para acicalarla, él y su hermana se quedaban jugando en el porche. Ella hacía su papel de hermana mayor, él no sabía si era porque la naturaleza hacía su trabajo o por las órdenes de su mamá. Aída, permanentemente, le subrayaba a sus hijos el hecho de que como hermanos debían cuidarse y protegerse, solo contaban el uno con el otro.

—Pórtense bien —les decía.

—Y tú, ¡cuida a tu hermano, que eres la mayor!

Esta orden la repetía como si la hubiera estudiado, y su hermana en silencio, mirando a su mamá en contrapicado, asentía. Parecía ensayado. Lo protegía, lo cuidaba como si fuera una madre o como su juguete más querido.

El juego consistía en hacer carreras, a ver quién era más rápido en llegar de un extremo al otro. Después de hacerlo varias veces, las baldosas rojizas se alimentaban del sudor que ambos emanaban. Lo destilaban en todo el recorrido. En una de esas carreras, él resbaló y se cayó de boca chocando contra el piso. Ella de nuevo corrió, pero esta vez a socorrerlo, recordando la orden que Aída le había dado: «¡Cuida a tu hermano, que eres la mayor!». Su hermana en su auxilio lo sujetó a la altura de las rodillas e intentó cargarlo, pero perdió el equilibrio y provocó que él cayera de nuevo, pero esta vez, sin poder protegerse la cara, se golpeó en la barbilla. Desequilibrado por el golpe, se levantó con la ayuda de su hermana, quien lo tomó de las manos. Él, ya estando de pie, destilaba, pero no sudor, esta vez era sangre que salía de su quijada. Ella corrió en búsqueda de Aída y esta, aún con los rollos en la cabeza para armar su peinado, corrió para llevarlo hasta el hospital que estaba bastante cerca para ir caminando pero en esa situación

de «hecho de sangre» tomó un taxi.

Ya pasado los años, Aída hablando de las anécdotas de la niñez de Octavio, y recordando lo ocurrido decía:

—Si hubiésemos ido caminando, seguramente, te habrías desangrado.

Sábado

Cada mañana de sábado, antes de hacer la compra del mercado semanal y mientras su madre dormía, Octavio de los Santos y su hermana cumplían con el rito de comer tomates y pan rellenos con azúcar. A Octavio le hacía ilusión esa salida del sábado al Mercado Periférico. Se disponía para la ocasión y, después de estar listo, se amarraba al cuello la capa de Supermán o de El Zorro que aún le quedaba de la fiesta de carnaval anterior. Un mercado de olores y colores. Señoras detrás del mostrador de la venta de fiambres y quesos, acicaladas de peluquería, con grandes peinados sujetos por laca que los hacían inamovibles. Maquilladas como si de un evento especial se tratara. Trajeadas de batas blancas que protegían su vestuario. Señoras con un acento que a Octavio le recordaba el de su abuela Esperanza. Nadie más que conociera hablaba con el acento de su abuela. La primera vez que escuchó a las señoras que atendían fue in-

evitable para él recordarla. Veía en cada una de ellas su recuerdo y pensaba si tendrían algún parentesco. Se preguntaba si entre su madre y ellas existía algún «lazo». En una ocasión, en la época en la que su madre era bailarina en el París Dancing —y habiéndoles advertido reiteradamente que no le abrieran la puerta a nadie mientras ella estaba ausente— esa mañana de sábado, mientras ella dormía, Octavio y su hermana comían pan relleno de azúcar mientras veían televisión. En ese momento sonó el timbre. Ambos se miraron extrañados como si gozaran de una agenda horaria de las visitas que recibirían. En silencio se preguntaron quién estaría llamando a la puerta. Todavía con el pan en sus manos, se dirigieron a la ventana, mientras en el trayecto destilaban un hilo de azúcar y migas de pan que marcaban el camino, cual Hansel y Gretel para no extraviarse. ¿Quién podría ser a esa hora de la mañana un sábado? Aunque no tenían conciencia de los tiempos, ninguna mañana de sábado iba alguien a casa. Se asomaron a la venta-

na a ver quién era. Vieron a su primo Luis, uno de los seis hijos de la tía Cristina. Luis, un chico de unos dieciséis años, de quien siempre en las reuniones familiares se hacían en secreto comentarios no muy sanos de él. La tía Cristina siempre fue una mujer supeditada a los designios de su marido. Subyugada al cepo cultural de la mujer sumisa, a propósito de que el matrimonio es para toda la vida y de que se debe obedecer al hombre. A Octavio y a su hermana no les gustaba el primo Luis y lo aceptaban bajo el argumento de su madre de que era parte de su familia. Decía que los unía eso que se llama el lazo sanguíneo. Lazo que Octavio, durante mucho tiempo, no entendió de qué se trataba. Sí, tenía que ver con la sangre, tal y como su madre se los había explicado. Él pertenece a nuestro círculo familiar, les decía Aída. ¿Pero, como era eso de que a alguien había que aceptarlo porque existía un lazo sanguíneo? Además, ¿cómo era un círculo familiar? ¿Acaso era la familia entera tomada de las manos haciendo una rueda? Un

lazo para Octavio era el que adornaba los regalos de Navidad, de cumpleaños y del día de Reyes. Eso pensaba, pero nunca logró entenderlo hasta que estuvo en la secundaria. Luis les saludó desde la calle y les pidió le abrieran la puerta. No sin pensar en lo que su madre les advirtiera, se miraron, y sin prever las consecuencias de ese acto simple de hacer girar una cerradura, decidieron dejar pasar a casa al primo Luis. Su hermana, dos años mayor que Octavio, tomó las llaves que colgaban de un llavero con una pata de conejo gris y una figurita de Astro Boy. Caminó hacia la puerta, giró la doble cerradura, bajó las escaleras hasta la segunda puerta que daba a la calle y la abrió. Octavio no entendía qué hacía allí el primo Luis. Le ofrecieron un trozo de pan con azúcar, a lo que él reaccionó con extrañeza, preguntándoles cómo podían comer eso. Su cara se trasladó a los hermanos, que no entendieron qué quiso decir con ese gesto. Estuvo un rato en casa. Los tres sentados en el sofá veían las comiquitas sabatinas. Su madre

aún dormía. En algún momento, Luis se levantó del sofá y dijo que iba al baño. Octavio y su hermana, sin quitar los ojos del televisor, asintieron, como dándole el permiso de hacerlo. Luis regresó y tomó de nuevo su lugar en el sofá. Sin saber qué tiempo había pasado desde su llegada, le pidió a la hermana de Octavio que le abriera la puerta. Ya se iba. Efectivamente, así fue. Se marchó. Casi inmediatamente después de irse, la madre ya estaba de pie. Se dispuso a hacer desayuno, para después ir a hacer las compras. Una vez que desayunaron, la madre de Octavio entró a la habitación y se preparó para salir, tal y como ocurría rutinariamente cada sábado. Desayunaban, Octavio y su hermana lavaban los platos, se quitaban el pijama y se ponían «ropa de salir». La madre venía de su habitación ya arreglada. No pasaba nada diferente cada sábado en la mañana. Ese día todo fue diferente. La coreografía no había surtido efecto. Aída salió de la habitación y los miró con cara de molestia. Octavio, al verla, entró en pánico. Ella, alzando

la voz, preguntó imperativamente dónde estaba el dinero. Ambos niños se miraron y, como en otras ocasiones, se preguntaron temblorosos y en silencio de qué dinero hablaba su madre. Ellos gozaban de una comunicación no verbal que, con solo uno de ellos pensarlo, el otro lo escuchaba. Por un momento pensaron que soñaban, o que su madre, ya arreglada para salir, se había dormido nuevamente y sonámbula soñaba. De nuevo los interpeló, diciéndoles que tenía un dinero guardado en el mueble del cuarto y desapareció. «¿Quién lo agarró?». Nuevamente los párvulos se miraron y la angustia producida por la ignorancia los hacía derrumbarse de solo imaginar lo que pasaría luego por no poder dar la respuesta satisfactoria. Por tercera vez les preguntó quién lo tomó, y dirigiéndose a Octavio, lo increpó de haber sido él. «No, no fui yo», respondió asustado, y entonces repreguntó cual interrogatorio policial en la habitación cerrada solo iluminada por una luz central que bañaba a Octavio y a su hermana. «Si no fuiste tú, ¿quién

fue?». Nuevamente respondió y, sin pensar, dijo que si no había sido él, entonces había sido su hermana. Se incrementó el caos en el ambiente íntimo de ambos ante la afrenta de la autoridad. La respuesta de su hermana ante la misma pregunta se convirtió en la misma respuesta que le había dado Octavio. Ya con las respuestas repetidas, la madre tomó el cinto que llevaba puesto en sus *jeans* índigo Wrangler acampanados y a las caderas, y se dispuso a sacarles la verdad a dos críos que no superaban el metro veinte de estatura. Y así lo hizo. No recibió la respuesta que esperaba. Octavio, ya en su habitación y cubierto por los brazos de su hermana, mezclaba sus pensamientos sin emitir palabra. Se sentía protegido por ese amor «hermanal» como una de las grandes certezas de su propio mundo doméstico. Estando allí, entró la madre con el rostro serio de la autoridad que necesita procurarse el respeto y a la cual hay que dar respuestas. ¿Alguien vino esta mañana? ¿Le han abierto la puerta a alguna persona mientras dormía? Les

preguntó. De nuevo Octavio cayó en pánico silencioso porque decir la verdad, significaría otra reprimenda corporal por haber desobedecido. En el cuerpo de su hermana fundido en el abrazo único sentía que a ella le ocurría lo mismo. Ambos se miraron llenos de miedo y, a su vez, su hermana mirándola respondió: «Esta mañana vino el primo Luis». Octavio, cual visionario, adelantándose a lo que aún no había ocurrido, imaginó el cinto ir y venir contra el cuerpo de ambos mientras permanecían agazapados en un rincón de esa habitación que era su mundo, pero que en esos momentos se convertía en un sala de interrogatorios, y se cerraba la única ventana, para ya dejar de iluminarse con esa claridad naranja sabatina. Ante la respuesta de su hermana, sorprendidos ambos, la madre se dio vuelta en silencio y se dirigió a su cuarto. El desconcierto de Octavio ante su actitud lo descolocó. Se frustró la ida al mercado.

Contenido

7	Amor pagado
23	Encapotado
35	Octavio o cómo protegerse de la intemperie
47	Su primer día
57	La luz naranja
67	Terapia de choque
75	Presagio
87	Desangrado
91	Sábado

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de noviembre de 2020, el mismo día del año 1939 en que nace el novelista zuliano Jorge García Tamayo.